

Reseñas

Hogares, mujeres y sobrevivencia: los recursos de la pobreza

Mercedes González de la Rocha, *The Resources of Poverty. Women and Survival in a Mexican City*, Oxford, RU y Cambridge, Mass., USA, 1994, xviii+311 pp.

LA PRESENTE RESEÑA COMENTA la versión en inglés del muy importante libro de Mercedes González de la Rocha *Los recursos de la pobreza. Familias de bajos ingresos de Guadalajara*, publicado originalmente en 1986. La obra es una detallada etnografía de la pobreza urbana de México en la década de los ochenta, con atención especial al papel de las mujeres en las estrategias de sobrevivencia de los hogares. La bibliografía dedicada a este tema es, por supuesto, extensa y variada; Mercedes González de la Rocha dialoga con ella y la enriquece, desde una metodología cualitativa acertadamente ligada a una perspectiva de economía política. El resultado final es un estudio que precisa las especificidades del objeto particular al mismo tiempo que explicita su compleja articulación con los condicionamientos estructurales y macropolíticos. En consecuencia, amplía los horizontes de la investigación sobre un arco amplio de materias: las estrategias de adaptación y confrontación a la pobreza; el involucramiento político de los pobres urbanos; las relaciones de poder en el ámbito de la unidad doméstica; la gravitación del capitalismo como sistema económico global en la configuración de la vida cotidiana de la gente, y las mediaciones respectivas. Desde el punto de vista metodológico, la obra muestra la pertinencia de los enfoques que integran la dimensión microsocia l con los procesos macrosociales.

El trabajo de campo original en que se sustenta este libro se llevó a cabo en la ciudad de Guadalajara a principios de la década de los ochenta y fue complementado por una segunda ronda algunos años después. En la medida en que muchos aspectos de las estrategias de sobrevivencia de los pobres urbanos están fuertemente influidas por el comportamiento del ciclo económico,¹ habría que preguntarse si la reactivación posterior de la economía mexicana gravitó, y en su caso en qué medida y aspectos, en la organización y estrategias domésticas que el libro estudia, o cómo afecta el reciente regreso a la recesión a esos mismos hogares. Esto

¹ Véase por ejemplo, Alison MacEwen Scott, *Divisions and Solidarities. Gender, class and employment in Latin America*, Routledge, Londres, 1994.

invalida el estudio de González de la Rocha, pero subraya la necesidad de ligar los enfoques sincrónicos con los procesos dinámicos y cambiantes.

González de la Rocha destaca desde el inicio la importancia de la unidad doméstica u hogar en las llamadas “estrategias de sobrevivencia” de los pobres urbanos. El hogar es el ámbito donde se toman las decisiones sobre la participación de los miembros en el mercado de trabajo y sobre las prácticas de consumo. El enfoque en el hogar explicita asimismo el entrecruzamiento entre lo público y lo privado y la interconexión entre producción y reproducción. Los hogares se vinculan con el mercado de trabajo, los partidos políticos, las organizaciones sociales y las instituciones estatales; todos ellos contribuyen a la configuración interna de la unidad doméstica del mundo de la pobreza, en las funciones que desempeña y en el modo en que las desempeña. Ésta es una cuestión conocida y bien trabajada por una amplia y variada bibliografía. Pero la autora incorpora un elemento adicional al que asigna particular relevancia: existe un “ciclo del hogar”, es decir, un encadenamiento y sucesión de momentos o etapas (expansión, consolidación o equilibrio, dispersión), que condicionan y “filtran” la incidencia de los factores exógenos. Aunque el libro no plantea una filiación teórica del concepto, hay que recordar que quien primero señaló la existencia de un “ciclo doméstico”, y su gravitación en la estructura económica y de clases, fue el economista ruso A. V. Chayanov en su teoría de la economía campesina; Chayanov vinculó el mayor o menor acceso de los campesinos a la tierra y otros recursos, a las variaciones en el ciclo demográfico de la unidad doméstica respectiva.² El recurso de la autora a este concepto permite resaltar la lógica interna específica del hogar urbano, sin diluir su articulación con elementos macrosociales.

González de la Rocha afirma la diversidad interna de la unidad doméstica. Demuestra que esa “unidad” es en realidad el ámbito de complejas jerarquías, relaciones de poder y violencia doméstica en coexistencia con amor, afecto y solidaridad. En ella la subordinación de las mujeres contrasta con la relevancia de su papel para la sobrevivencia del grupo, y los valores y normas referidos a las identidades de género entran en conflicto con los cambiantes roles económicos de los individuos. Las relaciones en la unidad doméstica son relaciones de poder estructuradas en relación con el género y la edad.

El papel de las redes sociales en la sobrevivencia de las unidades domésticas es sometido a un muy buen análisis. La autora destaca acertadamente que tales redes incluyen conflictos y no sólo solidaridad o cooperación. Asimismo, diferencia las redes sociales en sentido amplio, de las redes familiares propiamente dichas, en un enfoque que contrasta con el que en su momento practicó Larissa Lomnitz en su importante estudio de la marginalidad urbana en la ciudad de México.³

² Carmen Diana Deere aplicó este enfoque en su estudio de los hogares campesinos en Perú, aunque apelando a una metodología diferente a la utilizada por González de la Rocha; véase C. D. Deere, *Household and Class Relations. Peasants and Landlords in Northern Peru*, University of California Press, Berkeley, 1990.

³ Larissa Adler Lomnitz, *Cómo sobreviven los marginados*, Siglo XXI Editores, México, 1975.

El enfoque de economía política que enmarca a la antropología de González de la Rocha le permite desentrañar las relaciones entre la unidad doméstica de la clase trabajadora urbana, y la estructura de clase. Así, afirma la unidad de la clase trabajadora urbana a pesar de las profundas segmentaciones del mercado de trabajo, y pone de relieve el papel decisivo de la unidad doméstica en el mantenimiento de esa unidad. Los hogares de clase trabajadora urbana son unidades diversas y heterogéneas que ubican a sus miembros en tantas y tan diferentes ocupaciones como les resulta posible; aunque existen diferencias objetivas entre los sectores formal e informal (en salarios, estabilidad laboral y otras), los trabajadores se desplazan de un sector a otro, y frecuentemente combinan ocupaciones en uno y otro sector.

Los grupos domésticos incluyen una variedad de categorías ocupacionales y estatus migratorios; la autora denomina a esto "heterogeneidad doméstica". Ahora bien, esta heterogeneidad no es aleatoria, sino que está asociada a la edad y sexo del jefe del hogar, y al ciclo doméstico. La estructura de la unidad doméstica varía de acuerdo con el ciclo doméstico de los hogares de clase trabajadora, en cuanto que cada momento de éste determina, por ejemplo, la disponibilidad de miembros del hogar para el mercado de trabajo en sus diferentes segmentos, o la mayor o menor intensidad de la carga de las tareas "domésticas" sobre las mujeres.

La unidad de la clase trabajadora producto de la heterogeneidad doméstica lleva a la autora a cuestionar la existencia de un "salario familiar". El hogar obrero no es un hogar *de* obreros, sino una convergencia y articulación de ingresos diversificados provenientes de múltiples ocupaciones y actividades. Ésta es una situación que también se ha registrado en otras ciudades y países de América Latina, y que plantea efectos importantes para la acción colectiva y el diseño de políticas.⁴

La metodología cualitativa y el enfoque microsociales practicados por González de la Rocha le permiten arribar a una conclusión que contrasta con los resultados de investigaciones de tipo macro realizadas con metodologías cuantitativas que destacan, en cambio, las diferenciaciones internas de la clase trabajadora.⁵ Hay que destacar, sin embargo, que el enfoque de la autora es exclusivamente socioeconómico; es en este sentido y con estos alcances que sus conclusiones a este respecto deben ser entendidas. Existe una dimensión coadyuvante a la formación de la clase de la discusión de la autora; al prestar atención a este tipo de factores, otras investigaciones destacan en cambio la diferenciación política de la clase trabajadora.⁶ Por su lado, el señalamiento de que los niveles de ingreso generados en el sector informal no son necesariamente inferiores a los que se generan en el sector formal, aunque razonablemente fundamentado por la investigación —y confirmado por otros estudios— omite la cuestión, destacada en cambio por la

⁴ Véase, por ejemplo, Carlos M. Vilas, *Perfiles de la revolución sandinista*, LEGASA, Buenos Aires, 1984, cap. 3, y "El impacto de la transición revolucionaria en las clases populares: la clase obrera en la revolución sandinista", *Cuadernos Políticos*, núm. 48, octubre-diciembre de 1986, pp. 92-114.

⁵ Véase Alejandro Portes, "Latin American Class Structures: Their Composition and Change During the Last Decades", *Latin American Research Review* 20 (3), 1985:7-39.

⁶ Véase por ejemplo Susan C. Stokes, "Politics and Latin America's Urban Poor: Reflections from a Lima Shantytown", *Latin American Research Review* 26 (2), 1991:75-101.

investigación de Larissa Lomnitz, de la inestabilidad intrínseca de dichos niveles, y la inseguridad e incertidumbre que esto proyecta sobre la vida de la unidad doméstica.

La situación de la mujer en el hogar recibe un tratamiento extenso y particularizado. El libro demuestra que la importancia de la contribución de las mujeres a la sobrevivencia del hogar no se corresponde con la posición subordinada de éstas. Existe un hiato considerable entre el modelo cultural que define lo que hombres y mujeres deben hacer, y las cosas de la vida real. El trabajo de las mujeres está subordinado al de los hombres; sus acciones están subordinadas a la voluntad de los varones, y sus derechos quedan oscurecidos o ignorados. La situación no es mejor para las mujeres que son jefas de hogar. Las mujeres con niños pequeños no tienen oportunidad de conseguir buenos trabajos, por falta de guarderías y similares. La mayoría debe participar en actividades informales, y cuando no cuentan con otras contribuciones y los niños no tienen edad para generar ingresos, la unidad doméstica enfrenta una doble vulnerabilidad: la vulnerabilidad de clase (trabajadores pobres) y la vulnerabilidad de género (dependen del trabajo de la mujer como fuente principal de ingreso).

La situación de estos hogares es sin embargo ambigua; la mujer en estas condiciones no tiene hombre que la maltrate, y a pesar de la mayor vulnerabilidad económica, los hogares con cabeza femenina muestran una mejor asignación de los muy escasos recursos (por ejemplo, dedican más ingreso a alimentos) y mayores niveles de consumo. Sin embargo, las mujeres que son cabezas de hogar están demasiado ocupadas para trazar redes apropiadas. Sus intercambios son limitados y sus hogares son más pobres que aquellos en los que las mujeres cuentan con un hombre como proveedor de ingresos. Los hogares que no pueden entablar relaciones de intercambio igual son más pobres y más vulnerables a la atomización y a la subordinación respecto de otros grupos y clases sociales. Por otro lado, la falta de un marido o compañero estable no elimina el elemento cultural en la subordinación doméstica de la mujer: usualmente son los hermanos, o los propios hijos varones, quienes se encargan de recordar a la mujer el lugar "que le corresponde".

En ambos tipos de hogares destaca el papel de la mujer como organizadora del consumo y de la vida doméstica —un papel que también ha sido señalado con relación a hogares acomodados de sociedades desarrolladas.⁷

Contrariamente a lo que un razonamiento de sentido común podría suponer, la posición subordinada de las mujeres no mejora cuando participan en el mercado de trabajo. Las ocupaciones disponibles para mujeres casadas, no educadas, ofrecen salarios muy bajos, por lo que sus ganancias son magras. Además las mujeres no controlan sus salarios ni otros recursos domésticos; los aportes de las mujeres se incorporan al "ingreso doméstico", raramente gastado de manera individual. Por otra parte, las actividades remuneradas no liberan a la mujer del trabajo doméstico no remunerado; el desempeño de tareas domésticas sigue siendo su responsa-

⁷ Cf. John Kenneth Galbraith, "La función económica primordial de las mujeres", *Anales de un liberal impenitente*, Gedisa, Barcelona, 1982, vol. I:54-65.

bilidad y sus actividades remuneradas deben adaptarse al trabajo que la sociedad le ha asignado. Sin embargo, como la remuneración de las mujeres es un componente importante del ingreso doméstico, la posición del hombre como proveedor se ve amenazada, y el hombre debe buscar formas de asegurar su posición dominante. La violencia doméstica suele cumplir ese papel.

La investigación de González de la Rocha halló un alto grado de violencia en la mayoría de los hogares, sobre todo contra las mujeres y los niños —es decir, contra los más débiles dentro del hogar, con lo cual se acentúa esa debilidad. Sin embargo, las mujeres no sólo toleran esta condición de sus padres y maridos, sino que la promueven en sus hijos —son al mismo tiempo víctimas y cómplices. El libro afirma la existencia de una correlación entre las golpizas y ciertos momentos en el ciclo doméstico. La violencia física es más frecuente en las etapas iniciales del ciclo; está asociada con pobreza extrema o muy aguda y con el sentimiento de impotencia de los hombres de la clase trabajadora en el mundo del trabajo para desempeñar el papel culturalmente definido de sustentadores del hogar, en el marco de relaciones desiguales de poder dentro de la unidad doméstica.

La pobreza es por tanto uno de los elementos asociados a la violencia física, y la falta de recursos hace que las mujeres se queden, o regresen, con los hombres violentos: “La pobreza es la compañera principal de la violencia” (*Poverty is the main partner of violence*, p. 143). En consecuencia, la violencia doméstica no es sólo el resultado de la falta de educación, de una infancia de privaciones o de un conflicto de personalidades. Es el resultado de la posición subordinada del hombre en el mundo del trabajo. El mundo doméstico es el espacio en que los hombres encuentran posible ejercer control y reafirmar su poder; la violencia es uno de los medios para conseguirlo. La autora extrae de aquí una conclusión importante: vincular la violencia doméstica con la subordinación de los hombres en el trabajo, implica relacionar esa posición con la fuente principal de conflicto en las sociedades capitalistas: la relación entre capital y trabajo (p. 158).

La investigación también aborda el involucramiento político de los pobres urbanos. La participación de estos grupos estaría determinada por los siguientes factores: *a*) las condiciones del lugar: servicios públicos escasos estimulan una mayor participación; cuanto mejor es el área, hay una menor participación; *b*) la participación implica un proceso de aprendizaje político, de adquisición de habilidades políticas. Los pobres urbanos se adaptan al juego político y optan por la alternativa más práctica: afiliarse y apoyar al partido que en los hechos brinda una respuesta más o menos positiva a sus necesidades inmediatas. Las mujeres son actores racionales en estas estrategias; la política aquí no es “asunto de varones”. El motor principal de la participación de los pobres urbanos en movimientos políticos es la preocupación por tierra, vivienda y servicios públicos básicos. Las estrategias colectivas incluyen como elemento principal la participación en el juego político en el que los partidos ofrecen soluciones a las necesidades colectivas a cambio de votos y apoyo. Servicios urbanos y apoyo político son los elementos principales del intercambio. De esta manera los pobres urbanos crean y manipulan recursos que el Estado y el capital no se apropian, y posiblemente tampoco pueden hacerlo.

En resumen, los “recursos de la pobreza” son la habilidad para depender de otros en el hogar, de ser parte de una unidad social que es suficientemente flexible para mandar más trabajadores al mercado de trabajo cuando aumenta la necesidad de ingresos, o de reducir el consumo de bienes y servicios cuando los ingresos declinan o deben ser canalizados a otros fines sociales. Estos recursos, señala la autora, no son mensurables y no aparecen en las estadísticas nacionales; pertenecen al mundo de las cuestiones privadas y de los acontecimientos que tienen lugar en la dimensión doméstica. Pero son un ingrediente fundamental en la producción y reproducción de las condiciones materiales para la acumulación de capital (p. 263).

El libro que comento arroja luces importantes y sugiere hipótesis que van más allá del caso particular que constituye su objeto. La discusión de las estrategias políticas de los pobres señala la fuerte gravitación que el factor seguridad asume en el diseño de las mismas. El mundo de la pobreza es el mundo de la inseguridad, la inestabilidad, la violencia; se entiende entonces la preferencia por partidos o dirigentes que proyectan una imagen de fuerza y de eficacia —muchas veces con relativa independencia de los programas globales que los sustentan en las elecciones. Dado que se ingresa a la política buscando solucionar problemas cotidianos, se opta por las “ofertas” políticas que parecen garantizar más claramente la satisfacción de esas demandas. Es ésta una cuestión presente en la discusión sobre el resurgimiento de liderazgos fuertemente personalizados en regímenes formalmente democráticos, y en la para muchos sorprendente tolerancia de los pobres a políticas económicas de impacto socialmente excluyente.⁸

En un plano más general, el libro abre nuevas perspectivas sobre los procesos de constitución de la ciudadanía, que permiten avanzar respecto de los callejones sin salida a que arribó gran parte de la literatura sobre transiciones a la democracia.

Surge con claridad, asimismo, la amplia variedad de esquemas organizativos y dinámicas de funcionamiento que existe dentro de términos genéricos como “hogar” y “familia” —una cuestión que ocupó parte de los debates en la reciente conferencia mundial de Beijing. Diferentes clases, diferentes momentos en el ciclo doméstico, acceso diferenciado a recursos, y no solamente las preferencias sexuales, contribuyen a dar nacimiento o a bloquear diferentes tipos de organización familiar y doméstica, muchos de los cuales tienen muy poco, si algo, que ver con el modelo presentado como dominante por la legislación o la ideología religiosa. Este conflicto de esquemas organizativos agrava la inseguridad de los hogares populares, incluso en los casos en que se consideran adaptaciones del marco institucional.

⁸ Véase por ejemplo Maxwell Cameron, “Political Parties and the Worker-Employer Cleavage: The Impact of the Informal Sector on Voting in Lima, Peru”, *Bulletin of Latin American Research* 10 (3), 1991:293-313; Carlos M. Vilas, “Entre la democracia y el neoliberalismo: los caudillos electorales de la postmodernidad”, en Silvia Dutrénit y Leonardo Valdés (coords.), *El fin de siglo y los partidos políticos en América Latina*, UAM-X/Instituto Mora, México, 1994:323-340; Mario F. Navarro, “Democracia y reformas estructurales: explicaciones de la tolerancia popular al ajuste económico”, *Desarrollo Económico*, núm. 139, octubre-diciembre de 1995, pp. 443-466.

Finalmente, el estudio de González de la Rocha confirma la relevancia de las estrategias de sobrevivencia de los pobres en la formulación de las políticas públicas y en la reproducción del sistema económico global. Es cierto que, como la autora afirma, los recursos de la pobreza —solidaridad, adaptación subordinada a un medio agresivo, redes de intercambio, división doméstica del trabajo, y otros— no figuran en las estadísticas oficiales. Esto no significa empero que no sean tomados en cuenta por los funcionarios y organismos que diseñan y ejecutan las políticas económicas y sociales —como lo demuestra el énfasis de los enfoques neoliberales en los recursos que pueden aportar las organizaciones de base comunitaria, o el énfasis que ponen en la movilización del trabajo no remunerado de las mujeres—, por ejemplo comedores populares, guarderías infantiles, microproyectos de autoconstrucción o de saneamiento ambiental, y otros.⁹

Carlos M. Vilas

⁹ Véase, por ejemplo, Lourdes Benería y Shelley Feldman (comps.), *Unequal Burden. Economic Crises, Persistent Poverty, and Women's Work*, Westview Press, Boulder, 1992.